

“Manuel, una representación haitiana y negra de Jesucristo en la novela de Jacques Roumain ‘Gobernadores del Rocío’”.

Sebastián Muñoz Ruz¹

Abstract

El cristianismo es parte fundamental de la identidad que cruza a los países americanos. Cada pueblo busca, de acuerdo a sus imaginarios, tener un ejemplo del paso de Jesucristo. En la novela de Jacques Roumain, *Gobernadores del Rocío*, es el protagonista quien encarna la figura del redentor y del mesías, inmolándose por su pueblo para su salvación definitiva. Manuel es el Cristo haitiano, hijo del bien amado, el que soluciona dando su propia vida para el logro de la empresa máxima: reconciliar a los habitantes de Fonds Rouge, a todo sus hermanos de tierra. La similitud del protagonista con el Dios cristiano recorre distintos planos que van desde el onomástico hasta pragmático, de acciones idénticas. Dios se hace negro y salva un pueblo que necesitaba de la unión total para alcanzar el agua, la vida.

Palabras clave:

Dios, Manuel, Jesús, Cristo, Negro, Salvador, Fe, Acción, Reconciliación.

¹ Estudiante de Licenciatura en lengua y literatura de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile.
munozruz@gmail.com

Dios no es bueno, Dios es blanco, asegura uno de los habitantes de Fondss Rouge en el velorio de Manuel, el protagonista de la novela *Gobernadores del Rocío*. Dios es blanco y rubio y tiene músculos sobrios y es flaco y alto y tiene los ojos de color verde. Así por lo menos han pintado a Jesús por los siglos de los siglos, amén. Jesús es ese hombre que si no hubiese muerto en la cruz y que luego hubiese resucitado para subir al cielo con el padre, sería modelo de alguna marca conocida de ropa interior masculina. Dios no es feo ni narigón ni negro ni hediondo. Porque Dios tiene que ser perfecto de acuerdo a los cánones de un cierto número reducido de personas. A pesar de aquello Jesús podría pasar por inglés o por italiano o por francés o por español. Dios no es indígena ni mulato, ni criollo ni mestizo, ni negro ni bastardo. Jesús no es solamente un modelo moral a seguir, una fuente de inspiración ética de vivir la vida de forma correcta. El hijo de la Santísima Trinidad es también una fotografía física de lo que debemos llegar a ser.

Entonces es difícil imaginarse un Dios negro. Los más vanguardistas en la religión han aceptado a vírgenes negras (como la Virgen de Montserrat o la de Guadalupe) o a beatos indígenas (como Juan Diego). Un dios que no sea parte del canon es también un dios que tiene que jugar su rol de forma más convincente. La perfección se entrega a las palabras y a las obras por entrar en una sociedad que ya tiene en la memoria al Dios que nos entregaron los medievalistas. Y en esto radica su riqueza más profunda.

En la novela de Jacques Roumain, *Gobernadores del Rocío*, publicada en 1936, el negro es el protagonista de su propia historia. Ni blancos ni extranjeros. Sólo los negros y sus tierras, sólo su propia raza en sus propios terrenos. Es su tradición puesta íntegramente, sin necesidad de ridiculizar o parodiar eventos. Todo se hace normal,

verídico, con los problemas propios de una cultura que lucha constantemente por una identidad algo rasgada por ellos mismos y por su condición de franceses a la fuerza.

La novela comienza con el gran problema de la sequía. La sentencia de Délira suena a advertencia divina. “Nos moriremos todos” dice la vetusta dama (Roumain, 121). Ella y su esposo Bienaimé comienzan a recordar los cumbites pasados, las fiestas en donde todos trabajaban como hermanos, donde todo era alegría, donde el agua corría por los manantiales y las cosechas eran buenas, donde el tambor sonaba mientras los negros cantaban alegremente. Todo eso se perdió. Ya no hay cumbite porque ya no hay trabajo. La sequía hace morir al pueblo de a poco y ellos lo saben. Pero nada pueden hacer. Su salvación llega cuando Manuel arriba a su pueblo natal después de quince años fuera, en Cuba, donde trabajó en las plantaciones de caña de azúcar. La visión que tiene de su pueblo al llegar lo deja perplejo. La sequía tenía a Fonds Rouge en coma profundo, esperando luego el deceso. Su ánimo emprende el trabajo de buscar el agua que debería estar por algún lado. El encuentro del elemento vital encuentra el más tenebroso paisaje: las familias divididas impedían que el agua fluyera ya que sólo la reconciliación, el laborar mano a mano con todo el pueblo devolvería la vida a aquel lugar. El amor de Manuel por Annaïse y sus negros lo hace perseverar y sacrificar su vida y la justicia terrenal por un bien mayor. Su muerte es el suceso definitivo en donde el pueblo toma conciencia de lo que él había creado. Finalmente el cumbite vuelve, el agua fluye en los campos, el pueblo es sorprendido por un milagro que pocas veces se ve en la tierra, el milagro que los hombres hacen por ellos mismos.

Entonces Manuel se erige como el salvador, como esa persona que tuvo que llegar a poner orden en donde había caos, que tuvo que marcar la verdad, el camino, la vida de un pueblo que desfallecía. Manuel es quien se erige como el pequeño gigante que con su sangre purificó a toda una comunidad sedienta de acción. El protagonista de

la novela es un mesías, es un dios en formato negro y americano, es un Jesús más parecido a Denzel Washington que a Brad Pitt. Es un actor que da vida.

Es importante señalar que el Manuel que homologamos a Jesús es un personaje que está concebido desde el hibridismo caribeño. El protagonista está unido inexorablemente a una realidad negra y a otra francesa, a un vudú africano y a un catolicismo romano. Su divinidad no es puramente polar. Manuel se encuentra en el medio de estas dos visiones de mundo y las complementa. Nosotros nos centraremos de manera más profunda en su relación con el catolicismo, con la religión apostólica romana.

Los nombres son una de las primeras cosas que nos asaltan cuando nos proponemos leer la novela. Manuel inmediatamente nos evoca el nombre que le dieron a Jesucristo: Emmanuel o, en otras palabras, ‘Dios con nosotros’. La comparación salta a la vista. Desde su nombre el destino del héroe se traza. ¿Podría haber escapado de su misión? Si, podría. Pero no lo hizo. Algo de divino había ahí. Por otra parte, su genealogía onomástica juega un papel importante. El apellido de su madre es Delivrance, una deformación de ‘*deliverance*’, vocablo inglés que significa ‘liberación’. Su padre, Bienaimé, es, en vocablo francés, el ‘bien amado’. La descendencia del protagonista ya nos dice algo.

Veamos el contexto en que Manuel llega a su pueblo natal. Délira, como se dijo antes, comienza con su potente afirmación de que todos vamos a morir. ¿Hay algo más desalentador que quien piensa en morir en vez de vivir? El ánimo ha decaído porque el agua no ha bajado desde el cielo. Cuando todo sale mal los únicos culpables son los demás. La ignorancia y muchas veces el orgullo hacen ver en los demás las causas de la desgracia. Bienaimé afirma que “el señor es el creador del dolor” (Roumain, 122) porque la sequía ha hecho perder también la Fe. Dios tiene la culpa de que todo lo que

les pase y que se ensañe con ellos causándoles dolor. La falta de agua en Fonds Rouge no crea la sequía por sí misma. Hay sequía también espiritual, hay un ánimo de esperar que la divinidad haga las cosas por ellos, que por un acto de magia las cosas se arreglen y todos vivan felices. El alma del hombre es pusilánime cuando espera que la solución venga desde el cielo. Si comparamos esta situación con la del pueblo judío en la época de Jesús encontraremos similitudes. Jesús vino a cambiar las mentes, a transformar los corazones, a actuar y no a quedarse quietos, a hacer volver la esperanza a un pueblo que seguía viendo lejano a su salvador. El pueblo al que el Cristo llega es una comunidad asediada por factores externos pero también por malas interpretaciones de la religión.

Fonds Rouge está falto de agua. Ese es su problema principal. No hay elemento vital y, por ende, la vida se esfuma. El agua representa la purificación, la abundancia, la vida en sí. El agua no es una molécula compuesta de dos átomos de hidrógeno por uno de oxígeno; el agua es fuente, es contraria al fuego, es cauce, es camino, es la representación del pueblo. El agua limpia, sana enfermedades, etc. La falta de ella es también la falta de expiación.

Entonces encontramos a Manuel, el hijo único de la familia, que ha vuelto desde Cuba después de 15 años de trabajo. El hecho de ver su pueblo lo entristece. Al igual que Jesús, antes de actuar mira lo que sucede y decide poner manos a la obra. La primera acción es siempre reflexiva y luego es activa. El Padre decide mandar a su Hijo único y querido a la tierra cuando entiende que el mundo está yendo para el lado equivocado. Manuel ha evaluado la situación. No actúa de forma precipitada. Utiliza su corazón y su mente para ir en ayuda de sus hermanos, de sus compadres, de sus primos, en definitiva, de todos los que viven en Fonds Rouge.

La llegada de Manuel al pueblo supone un cambio de perspectiva en muchas personas. El protagonista arriba trayendo desde Cuba un pensamiento muy distinto. Él

es muy distinto ahora, tiene nuevas visiones del mundo y de los hombres. Esta característica en el hijo de Bienaimé contrasta con lo que sucedía en la comunidad. En una conversación con Délira él le dice que “No es Dios que abandona al hombre, es el hombre que abandona la tierra y recibe su castigo” (Roumain, 142) Las palabras de Manuel suenan a una persona que entiende su función dentro de la sociedad y que entiende que si no se actúa nadie lo hará por ellos. De nada les sirve rezar si no actúan, si no son herramientas. La magia no está contemplada. Dios no castiga sino que cada uno recibe lo que hace. Délira, su madre, le contesta a su hijo como un fariseo lo hubiera hecho con Jesús. La mujer le dice que “tus palabras se parecen a la verdad y la verdad es tal vez un pecado” (Roumain, 142) A veces la verdad es tan fuerte, tan desmoronadora que toma un aspecto distinto dependiendo de quien la mire. Por eso Délira afirma que quizás la verdad sea un pecado, porque aceptar el hecho de que no es Dios quien hace el mal es aceptar también que la responsabilidad es parte de sus acciones pasadas. Jesucristo trae cambios que siempre son acompañados de una verdad. Un claro ejemplo de ello es el trabajo del sábado o entregar la otra mejilla si te abofetean en una. La verdad puede matar tradiciones humanas y quemar ídolos de mentira.

Manuel, al querer llevar la solución a su pueblo, no encuentra solamente personas que acepten su propuesta. Siempre hay contrarios a las ideas que alguien puede proponer. Lo interesante de esto no es que el protagonista de *Gobernadores del Rocío* tenga detractores. Lo que nos interesa son los porqués de estos ‘enemigos’. Hilarión, el policía, ve en Manuel un peligro constante porque es quien podría liberar al pueblo de su desgracia y, con ello, no sería posible para él hacerse rico sustrayéndoles las tierras a los campesinos como parte de pago por sus deudas. El miedo es a que el hijo de Délira y Bienaimé le dé fuerzas nuevas a los habitantes de su pueblo y que entiendan lo que

significa el trabajo en grupo. Manuel es el elemento que enseñaría la rebelión y que pondría en peligro a los que ostentan el poder. ¿No se parece esto al miedo de los judíos y de los mismos romanos con Jesús? Temían al Cristo porque podría levantar a la masa y amotinarse en contra de los poderosos. Pero ninguno de estos enemigos (ni Hilarión ni Pilatos ni Herodes) entendieron que la revolución tenía otra arista, mucho más poderosa que la física. Su revolución fue ideológica, fue espiritual, fue emocional. El cambio no fue para crear enemigos sino para amar a los demás. Esa es la diferencia que nunca han entendido los que creen que la Iglesia es una cárcel en donde los 'No' reinan más que los 'Sí'. Jesús y Manuel son la liberación de un pueblo oprimido por sus creencias, por los poderosos, por los que no quieren que el amor triunfe.

Entonces Manuel, después de todo, se comporta como el personaje que llama a la acción. El autor, Jacques Roumain, estudió en un colegio de Jesuitas y, es probable que la enseñanza que le dieron haya repercutido directamente en las actitudes del protagonista de su novela. La espiritualidad ignaciana tiene, ante todo, el lema de la contemplación en la acción. Sin acción la Fe está muerta. Así lo dice Pablo y Santiago. Así lo toma Ignacio de Loyola. El llamado a hacer cosas es fundamental y es la piedra fundadora de la compañía de Jesús. Manuel entiende que el error más grave de los habitantes de Fonds Rouge es su pusilanimidad. Como se ha dicho anteriormente, la comunidad de campesinos tenía las esperanzas en un Dios mago que hiciera todas las cosas por ellos y que los sacara de su miserabilidad. Pero Manuel es más radical. Él se revela contra todas estas creencias infundadas. Es el trabajo el que hace que los hombres entiendan lo difícil de la realidad y den las gracias. Por eso sabe que no es Dios quien castiga sino que son ellos mismos los que han estado cavando su propia tumba. Cortaron árboles que atraían el agua. Crearon una sequía que pensaron era divina. La única maldición es no entender que las manos unidas hacen un mejor trabajo. El pueblo

debe alzarse contra su propio cansancio, contra sus propias anti-fuerzas. Hay que actuar ahora porque es el momento de hacerlo. La gente se está yendo porque el agua los exilia. La gente sufre y los demás no hacen nada más que lamentarse y pelearse por cosas del pasado. La vida es la que manda dice Marianna (Roumain, 222) y esa vida se desarrolla en un ahora. Por eso la urgencia de Manuel. Por eso no espera desde su llegada al pueblo. Ve y actúa. La prisa lo mueve. En este sentido, Jesús, al igual que Manuel, no vino a hablar y a decir parábolas o a subirse al monte y dar bienaventuranzas vacías. Las palabras crean mundos pero sin acciones todo queda en nada. Cristo vino al mundo a morir y esto es el acto más grande. Ni vino en su nube a dar una clase de teología y después se volvió al cielo sin nada más. Él vino, dio de comer, curó a leprosos, ciegos, enfermos, muertos, enseñó, falleció y resucitó para redimir. Les dijo a sus discípulos que salieran y fueran hombres de oración y de acción. Él mismo nos dice que si no damos de comer al más pequeño de nuestros hermanos no le estamos dando de comer a Él. ¡Esa es acción social! ¡Esa es la acción que vino a hacer y que legó a los cristianos posteriores!

La acción no hace a Manuel un materialista absoluto. El hijo de Bienaimé y Délira no es un pragmático. La acción no puede estar separada de la religión. Él participa de la fiesta de los dioses vudú y la disfruta, y se hace parte de ella. No la niega nunca y eso es lo interesante. Manuel entiende las dos partes. La acción no puede quitarle protagonismo a la religión y viceversa.

La acción no puede ser de un solo hombre. El mundo no lo carga una sola persona. Es inhumano. Las transformaciones, si bien siempre están lideradas por una persona carismática, son acompañadas por un grupo de personas que están dispuestas a dar la vida por esas causas. Manuel sabe que es así. Él entiende que sólo con su familia las cosas no resultarán. Es necesaria una reconciliación, un apretón de manos y un

abrazo. En otras palabras, es necesario ver en el otro la condición de hermano. La única solución es el amor, el entender que el de mi costado es mi compañero. El agua es simplemente el pretexto para la comprensión de los valores fundamentales. Lo importante es dejar las disputas a un lado y levantarse en contra de los egos y los orgullos. Es comprender que todos son iguales, que el agua es de todos y que ese hecho es suficiente para que todos trabajen en conjunto, ya que todos se beneficiarán. Jesucristo no hace las cosas solo (aunque podría haberlo hecho). Él llama a sus discípulos y los envía. Él postula que todos somos iguales ante Dios y que son nuestras acciones por las que seremos juzgados. El énfasis en la ayuda implica siempre una comunión entre personas, entre seres humanos que están regidos por el mandamiento de ‘amarás a tu prójimo como a ti mismo’. Esa frase resume la igualdad de las personas y la misión de siempre estar unidos.

El aceptar la misión significó también aceptar todas las consecuencias que esto traía. Las revoluciones no se comprenden hasta que sus líderes mueren. El pueblo de Fonds Rouge entendió lo que sucedía cuando Manuel muere. Manuel entiende la importancia de su acción cuando antepone la justicia del pueblo a su propia justicia. Es por esto que no quiere denunciar a su agresor mortal, a ese que le abrió el costado de una apuñalada. Prefiere que su secreto se vaya con él para no intervenir en los planes ya propuestos. La inmolación de Manuel es la respuesta a todos los problemas de la comunidad. Todos entienden que la sangre que derramó el hijo de Bienaimé es también el comienzo de una nueva vida. Así lo dice Délira en la reunión que tuvo el pueblo después del asesinato: “porque quiso [Manuel], ahora comprendo, que su muerte sea para ustedes el comienzo de la vida” (Roumain, 257) Las palabras de Manuel se hacen inevitablemente realidad cuando dice “lo que cuenta es el sacrificio del hombre” (Roumain, 237) Su sacrificio es el de la humanidad que buscaba la reconciliación. Es el

que derramó sangre para que su pueblo fuera salvado. Es el Cristo negro que se inmola para que los otros entiendan. Y la voz de Fonds Rouge suena como la del centurión cuando, al morir Jesús, afirma que en verdad él era el hijo del hombre. La muerte abre los ojos para las lágrimas pero también para la ver la realidad cara a cara. El hijo de María y José con el hijo de Bienaimé y Délira deben morir necesariamente. No hay otra escapatoria. No sería extraño afirmar que quizás Manuel sí sabía de antemano su destino. Y que lo aceptó porque sabía que el mal menor de su muerte crearía un bien mayor, el del agua, el de revivir a su pueblo.

Después de todos los acontecimientos que sucedieron en Fonds Rouge sólo queda que el pueblo responda. Y así lo hace. Los campesinos se toman de las manos y cantan mientras trabajan duramente para que la tierra sembrada sea regada por el milagro de la vida. Porque trabajan también para que el sacrificio de un hombre no sea en vano. Porque el sacrificio fue también misericordia pura de saber que era una solución viable. Ahora son los habitantes del pueblo los que tienen la misión de abrir caminos para que el agua, la purificación, la vida llegue a todas las casas y sea compartida con caridad y justicia. Ya nadie puede quedarse quieto. La pusilanimidad sería un pecado. O por lo menos una traición. Como el cristiano que, sabiendo que Jesús murió por la humanidad, no hace nada más que orar sin actuar, dejando la mitad del trabajo hecho pero sin abrir caminos, sin crear nuevas esperanzas, sin dejar que el agua corra por la caridad y la justicia.

Manuel revive en el vientre de Annaïse. Manuel no muere del todo. Él vive en cada gota de sudor de los negros que abren caminos, en cada centímetro cúbico del agua que recorre el pueblo. Vive y hace vivir a los demás. Los libera de los dolores y les da a entender que sólo sufren si causan sufrimiento. Porque Manuel es ese Cristo que vive en pequeños pueblos de América y que debe morir para hacer vivir a los demás. Porque sus

acciones valen tanto como sus palabras. Porque si se muestra lo hace de la forma en que es, sin necesidad de ser rubio y con ojos de colores. Porque Dios puede ser negro o blanco o amarillo. Jesús puede ser militar o punk o de izquierda o de derecha. Dios puede ser cualquiera que quiera vivir como Jesús y las semejanzas vendrán por sí mismas. Manuel es un ejemplo. Una revolución de la religión. La visión de la universalidad de Dios.